

llado cerca de Flesinga el galeon portugués que gobernaba Toledo, y sorbidos allí por el mar hombres y galeon, rendido Pimentel con el navio indiano que mandaba despues de combatir seis horas con mas de veinte naves holandesas, todo fué ya lástima y estrago; y el duque de Medina, cansado de luchar con la tormenta, y á fin de no perder lo que quedaba de la armada, mandó volver proas á las naves y trató de dar la vuelta á España; primera vez, dice un escritor inglés, que los españoles huyeron delante de sus enemigos.

Lleno de peligros, y mas para los que no le conocian, el camino que tomaron, que fué el Norte de Escocia y de Irlanda, pasaron mil trabajos y sufrieron mil borrascas, y acontecieronles mil desastres y averias. En las costas de Irlanda pereció con diez navios el valeroso Alonso de Leiva; apresado el maestre de campo Alonso de Luzon, fué llevado á Inglaterra; los vice-almirantes Recalde y Oquendo, ambos murieron de los trabajos y de la pesadumbre, el uno apenas tocó en el puerto de San Sebastian, el otro aun antes de entrar en el de la Coruña. El duque de Medinasidonia, que arribó á Santander (setiembre, 1588) con las reliquias de la destruida armada, enfermo de cuerpo y de espíritu, obtuvo licencia del rey para retirarse á su casa á cuidar su salud. Aunque los escritores de aquel tiempo discrepen, como de ordinario, en el cálculo y valuacion de la pérdida de hombres y naves, es lo cierto que fué grande y lastimosa, y que no sin razon declaró España deber vestir luto general á imitacion de Roma despues de la derrota de Cannas, siendo menester que el rey mandara poner limite á las demostraciones de público duelo. Felipe II fué el solo que recibió la noticia con aparente, si no con verdadera impasibilidad. Cuéntase que dijo: *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos*. Y que añadió: «Doy gracias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida: y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas, con tal que quede el árbol de donde han salido y de donde pueden salir otras (1).»

Tal fué y tan desastrosa la jornada de la armada llamada *Invencible*. «Pocas empresas, dice un antiguo historiador, se premeditaron mas tiempo, pocas se dispusieron con mayor aparato, y ninguna se ejecutó con mas infelicidad.» Sabemos que no debe juzgarse de la conveniencia ó inconveniencia de una empresa por el éxito próspero ó adverso que por causas eventuales haya tenido. Sabemos tambien que no está en la mano del hombre ni dominar ni vencer los elementos. ¡Pero hubo en esta ocasion de parte de Felipe II toda la prudencia, toda la prevision necesaria en resolucion de tal magnitud para evitar ó aminorar siquiera la catástrofe que aconteció, ó prevenir otras contingencias que pudieran haber sobrevenido? Dado que Felipe, justamente ofendido de la reina de Inglaterra, hubiera creído no deber estimar los consejos del secretario Juan de Idiaquez, que le disuadia del proyecto de invadir el reino británico antes de acabar con lo de Flandes, parécenos que un monarca prudente no debió desestimar el voto y parecer de dos hombres tan entendidos y experimentados como el duque de Parma y el marqués de Santa Cruz, que le aconsejaban se tomara antes algun puerto de la Flandes septentrional, tal como Flesinga ú otro, donde guarecerse la armada en el caso de un reeio temporal, y á cuyo abrigo pudiera el de Parma preparar mejor su ejército y su flota, y estorbar los auxilios de los confederados flamencos á los ingleses. Si tan cuerdo consejo se hubiera seguido, ni el de Parma hubiera hallado tan fuertes obstáculos para llevar sus naves á Nieuport y á Dunkerque, ni los galeones arrojados por la borrasca á la costa de Flandes habrian dado en manos enemigas.

La prudencia aconsejaba tambien, ya que tantos años se habia estado premeditando esta empresa, diferir al menos el envío de la armada, y no era ya mucho aguardar, hasta saber que el príncipe Alejandro tenia prontos sus tercios y aparejadas sus naves de Flandes. Faltó la gente que habia de ser el nervio de la invasion y de la conquista, y sin ella la arma-

(1) Estrada, Déc. II, lib. IX.—Bentivoglio, Part. II, lib. IV.—Camden, Anales.—Stowe, Strype, Hardwicke y otros escritores ingleses.—Coloma, Guerra de los Países Bajos.

da era mas un alarde ostentoso de poder que un elemento á que pudiera fiarse por sí solo el triunfo. La muerte del marqués de Santa Cruz don Alvaro de Bazan, antiguo y el mas consumado general de la marina española, poco antes de emprenderse la jornada, fué un verdadero infortunio y una pérdida irreparable. Reemplazarle con un hombre sin conocimiento en las artes de la navegacion y menos en la táctica de las peleas y maniobras navales, y fiarle tamaña empresa, era, si no evidentemente des acertado, por lo menos muy aventurado y peligroso: que hay casos súbitos y lances criticos en que tiene que resolver la cabeza, porque ni consienten la dilacion á un consejo de oficiales ni son de naturaleza que deba responder el dictámen de un vice-almirante, que aconseja, pero no decide. Así aconteció con el duque de Medinasidonia. La armada inglesa pudo haber sido destruida en el puerto mismo de Plymouth. Verdad es que en no arremeterla cumplió el de Medina con una orden expresa de su soberano, de no trabar pelea antes que llegaran el ejército y flota de Flandes: pero esto mismo acredita la precipitacion inoportuna con que se envió la armada.

El azoramiento del de Medinasidonia en aquella noche fatal, en que tanto se dejó sobrecojer por las luminarias de los navios del Drake, causa principal del desastre ulterior, no le hubiera ciertamente tenido un hombre de la serenidad del marqués de Santa Cruz. Y cuando se levantó la tempestad y se desencadenaron los vientos, no diremos que nadie pudiera refrenarlos, pero contra sus violentos embates algunos mas medios que el inexperto duque de Medinasidonia hubiera podido arbitrar quien como el marqués de Santa Cruz estaba acostumbrado á luchar con borrascas y con armadas enemigas, con las olas y con los hombres, en los mares de Lepanto, en las costas africanas y en las riberas peligrosas de la isla Tercera. Ya que desgraciadamente faltó á tan mala sazón don Alvaro de Bazan, no carecia España de marinos mas entendidos, hábiles y prácticos que el duque de Medinasidonia, sujeto de grandes prendas, pero á quien no conocian los mares.

Tales fueron, aparte de los elementos, las causas principales de la malograda y funesta expedicion de la armada que hubiera podido ser *Invencible*, y que además del efecto deplorable del momento, produjeron el de dejar de ser invencible en lo sucesivo el poder marítimo de España.

Dos poderosos y muy especiales motivos tuvo Alejandro Farnesio para sentir con amargura el desastre de la grande armada, mientras sabia que la reina de Inglaterra era llevada con gran júbilo y en carro triunfal á la iglesia de San Pablo á celebrar el infortunio de los españoles á que debian su salvacion ella y su reino. El uno era, verse privado de la gloria que con fundamento esperaba si se hubiera verificado la invasion, mucho mas conociendo como conocia la incapacidad del conde de Leicester, á quien imprudentemente Isabel habia fiado la defensa de la isla. Era el otro que aquel golpe le dificultaba, si no le imposibilitaba, acabar de sujetar las provincias flamencas, cuya reduccion llevaba en tan buen estado. Tuvo tambien aquel insigne general y esclarecido príncipe otro grave motivo de disgusto, el de los rumores que contra él se levantaron, y que se difundieron por Flandes, por Venecia, por Milan, por Roma, y hasta por la corte y palacio de Madrid y en derredor de los oidos del rey, achacándole negligencia y flojedad en la preparacion de sus tercios y naves, y atribuyéndole en gran parte el éxito desgraciado de la empresa, como si de haber sido feliz no hubiera sido él el que recogiera el principal lauro, y cuando en malograrse habia infuido tanto el no haberse seguido su acertada opinion y consejo. No faltó quien le hiciera sospechoso de tratos con la reina de Inglaterra, y la reina y los ingleses promovian ó fomentaban, para malquistarle con el rey y destruir tan temible enemigo, estas malévolas acusaciones. Pero el de Parma las desvaneció con dignidad, deshizo estas y otras intrigas que contra él se fraguaron, y Felipe II, justo en esta ocasion con su sobrino, le renovó las seguridades de su estimacion y confianza, y le manifestó lo muy satisfecho que se hallaba de su conducta, así en el negocio de la expedicion como en el gobierno de Flandes.

Volviendo ya Alejandro sus cuidados á las provincias, divi-

dió su ejército en tres grandes trozos, de los cuales dió uno al conde de Mansfeld para que tomara á Warthtendonck en Güeldres, otro al elector de Colonia Ernesto, para que recobrará á Bona sobre el Rhin, y con el tercero, en que los mas eran españoles, emprendió él el sitio de Bergh-op-Zoom, en lo último de Brabante. La traicion de un inglés que habia ofrecido entregar el castillo de Bergh-op-Zoom, y en que cayó el príncipe á pesar de sus prudentes recelos y precauciones, costó la pérdida de muy valientes capitanes y soldados, y que cayeran prisioneros, entre otros, el marqués de la Hinojosa y el conde de Oñate (octubre, 1588). De este contratiempo consoló al de Parma la noticia de haber sido ganada Bona por las tropas del ejército real, á pesar de todas las astucias y artificios del celebrado Schenck. Por su parte, el conde de Mansfeld apretó á Warthtendonck hasta rendirla. Fué notable este sitio por haberse empleado en él por primera vez los terribles proyectiles conocidos despues con el nombre de *bombas*, que acababa de inventar un artifice de Venlío, y que por tanto se llamaban entonces *máquinas venlonenses* (1). Otro de los triunfos de Farnesio en esta campaña fué haber logrado que se le redujera la guarnicion de Geertruidenberg (2), compuesta de ingleses y holandeses; guarnicion la mas terrible de todas, pues era gente que no reconocia freno en sus excesos, y blasonaba de no obedecer ni á España, ni á Inglaterra, ni á los Estados. Por mas que el príncipe Mauricio acudió en persona á impedir que entregaran la plaza, no pudo ya remediarlo, y Alejandro tuvo el placer de entrar á tomar posesion de la primera ciudad de Holanda que volvia al dominio de los españoles despues de doce años que habian sido arrojados de aquella provincia.

Regresó el de Parma á Bruselas, donde permaneció hasta el mes de mayo (1589), harto molestado de la hidropesia que ya en este tiempo le aquejaba, contraída á consecuencia de tan continuados trabajos. Por consejo de los médicos pasó á tomar las aguas de Spá, dejando la milicia de Brabante encomendada á Carlos de Mansfeld, y señalándole las ciudades y fortalezas que habia de acometer y tomar. Algunas tomó, pero vióse á lo mejor contrariado y entorpecido, no tanto por la resistencia que en los enemigos hallara, cuanto por la insubordinacion de uno de los viejos tercios españoles, que en ausencia del de Parma comenzó por desobedecer á Mansfeld, y pasando de la insubordinacion al motin, acabó por declararse en rebelion abierta y formal. Era el tercio del maestre de campo Sancho de Leiva, en el cual servian el duque de Pastrana y el príncipe de Asculi, y uno de los que habian dado mas triunfos al príncipe Alejandro. La sedicion se hizo imponente, porque el tercio era acaso el mas respetable y aguerrido y se llamaba el tercio viejo. Informado de todo el de Parma, inexorable como era en el mantenimiento de la disciplina, mandó ahorcar á los mas culpables de la rebelion y disolver el tercio y refundir sus compañías en los demás cuerpos, sin que bastara á templar el rigor de esta medida la intercesion de Leiva, del veedor general Tassis, del príncipe de Asculi y del duque de Pastrana. Cuando se les mandó plegar las banderas, y se declaró suprimido el cuerpo, movia á lástima ver á aquellos veteranos llenos de cicatrices y de insignias de honor ganadas en cien batallas, los unos llorar como débiles muchachos, los otros volver al suelo con semblante mustio las puntas de las alabardas, los otros en la desesperacion rasgar con las manos las banderas y hacer pedazos las astas, emblema de sus antiguas victorias, y ya signo de ignominia.

La guerra habia sido menos viva durante la ausencia y enfermedad de Alejandro, pero no menos sangrienta. Afióse é

(1) «Pero nada atemorizó tanto á los defensores, dice el P. Farnian Estrada, como los grandes globos de bronce vaciado, huecos y embutidos por de dentro de pólvora... los cuales arrojados en alto desde grandes morteros, centelleando de un pequeño agujero las yescas de longitud templada, cuando desde la altura caian pesados sobre los tejados á donde los destinaron, los hundian con su peso; y al mismo tiempo encendidos ellos, reventando en piezas, se apoderaban de cuanto estaba cerca, con un incendio contumaz contra el agua. Este género de pelotas, etc.» Guerras de Flandes, Década II, lib. X.

(2) *Montes de Santa Gertrudis*, de cuya santa se dice haber sido patrimonio.

indignó al de Parma un contratiempo inesperado que ocurrió al principio del año siguiente (1590). Breda, una de las plazas principales y mas fuertes de Brabante, que gobernaba el italiano Lanzavechia, cayó por descuido de este, ó por mejor decir, por habérsela fiado á un hijo suyo jóven é inexperto, en poder del príncipe Mauricio de Nassau (3).

Sintió tanto el de Parma la pérdida de Breda, y tanto se irritó contra sus descuidados guardadores, que, formado consejo de guerra, hizo decapitar en Bruselas á todos los oficiales, excepto tres que justificaron su inculpabilidad. Intentó Alejandro la recuperacion de Breda, y envió para ello primero al marqués de Barambon, despues al conde de Mansfeld, que hubo de contentarse con levantar algunos fuertes orilla del rio, para cortar las comunicaciones á la ciudad, teniendo que abandonar aquel punto para acudir á Nimega, amenazada por el príncipe Mauricio.

En tal estado se hallaba la guerra en Flandes, no poco distraído ya Alejandro Farnesio con los socorros que de orden de su tío el rey Felipe II tenia que enviar á cada paso á Francia con motivo de la guerra que allí ardia, y de que daremos luego cuenta, cuando en obediencia á los mandatos de su soberano, y no de buena gana por su parte, tuvo que dejar aquellas provincias, teatro de sus largas y penosas fatigas y de sus muchos y gloriosos triunfos, para empeñarse personalmente en el vecino reino en otra de las grandes empresas que con mas ánimo y resolucion que recursos y medios abarcaba Felipe II.

CAPÍTULO XX

FRANCIA

Enrique IV y Alejandro Farnesio

DE 1576 Á 1593

Intervencion de Felipe II en los asuntos de Francia.—Guerras civiles de aquel reino: católicos y hugonotes.—La quinta paz.—La Liga.—Enrique III y los Guisais.—Tratado entre Felipe II y los coligados.—El príncipe de Bearne, Enrique de Borbon, jefe de los hugonotes.—Revolucion de París: jornada de las barricadas.—Guerra de los Enriques.—Asesinato del duque de Guisa.—Asesinato de Enrique III.—El cardenal de Borbon.—El duque de Mayenne.—Enrique IV.—Célebre batalla de Ivry.—Sitio famoso de Paris: hambre horrible.—Conducta de Felipe II en esta ocasion.—Envía á Alejandro Farnesio con los tercios de Flandes.—Alejandro liberta á Paris.—Guarnicion española.—Vuelve Farnesio á Flandes.—Situacion de los Países Bajos.—Progresos de Enrique IV en Francia.—Vuelve el de Parma á este reino.—Hace levantar el sitio de Ruan.—Admirable maniobra de Alejandro Farnesio en el Sena.—Sorpresa y asombro de Enrique IV.—Llega Alejandro otra vez á Paris.—Regresa á Flandes.—Mándale Felipe II volver tercera vez á Francia.—Alejandro en Arras.—Enferma y muere.—Elogio de Alejandro Farnesio, duque de Parma.

Tiempo hacia que Felipe II, paseando desde su atalaya del Escorial sus miradas por los Estados de Europa, á todos los cuales se extendian los hilos de su política, habia fijado frecuentemente los ojos en la vecina Francia, puesto mano en sus negocios interiores, y calculado lo que le convendria hacer ó intentar en lo sucesivo segun el rumbo que aquellos tomasen. Dábanle pié para esta intervencion las largas y sangrientas

(3) El artificio con que se hizo la sorpresa fué ingenioso y singular. Al modo que el griego Sinon habia llenado de soldados armados el vientre del famoso caballo para entrar en Troya, así un flamenco llamado Vanden-Berg, patron de un barco de los que surtian de turba la ciudad de Breda, discurrió introducir en él setenta soldados escogidos, bien disimuladamente cubierto todo con la turba, que es la leña ordinaria del país (febrero, 1590). Al aproximarse á la ciudadela uno de los soldados acometió de una tos violenta, sacó su espada y pedía á sus compañeros le mataran antes que ser descubiertos por culpa suya. Nadie lo quiso hacer, y la tos cesó para ellos felizmente. El sargento mayor de la plaza, que se hallaba jugando, envió dos cabos á reconocer el ponton, pero los tales exploradores en vez de hacer el reconocimiento se entretuvieron en beber con el patron en una tienda de vino. Comenzado á descargar confiadamente el barco de la turba, salieron repentinamente los soldados ocultos, arrollaron el primer cuerpo de guardia, acudió el príncipe Mauricio que avisado del caso se hallaba cerca de la ciudad, y en poco tiempo y con poca resistencia se apoderó de ella, del castillo y de la guarnicion (3 de marzo).

luchas, momentáneamente algunas veces interrumpidas, á cada paso con mas furor renovadas, entre católicos y protestantes, que traian de continuo conmovido y regado con sangre aquel reino. Favorecia Felipe, como en ocasiones varias hemos apuntado, al bando católico, ya con disimulo, ya á las claras, ya con sus tropas de España ó Flandes, ya con dinero, que no invertia en esto pocas sumas, y siempre con los manejos de la política, en que nunca alzaba mano. Obraba de esta manera el monarca español, no solo como protector general del catolicismo, á cuyo título aspiraba, sino tambien á propósito de impedir que el bando calvinista de Francia auxiliara á los protestantes y rebeldes de los Países Bajos. Luego veremos si llevaba además en esta proteccion pensamientos y miras de otra índole.

Ahora que Felipe II va á tomar una parte principal, directa y activa en los negocios de Francia, es de necesidad exponer la situacion religiosa y política en que aquel reino á la sazón se hallaba.

La quinta paz celebrada entre católicos y hugonotes (mayo, 1576), llamada la paz de Monsieur, paz vergonzosa para el rey Enrique III, puesto que un puñado de hombres (que esto eran los protestantes al lado de la gran mayoría católica de aquel reino) quedaba dueño de una porcion de ciudades y habia obtenido la libertad del culto reformado, produjo por una natural reaccion la liga de los católicos, que se confederaron bajo juramento para defender la unidad religiosa, y cuyo jefe estaba llamado á ser el duque de Guisa. Inspirado Enrique III por su madre Catalina de Médicis, que, como dice un elocuente escritor de aquella nacion, confundia las revoluciones con las intrigas, quiso ponerse al frente de la Liga, creyendo destruir así los proyectos de los Guisas sus enemigos, y desarmar un partido que le detestaba. Pero el último tratado le hacia aparecer como fautor de los herejes, á quienes en verdad aborrecia; y sobre todo, su vida disipada, su palacio corrompido, sus afeminados placeres y entretenimientos, su afectacion ridícula de devocion en las procesiones, en que hacia papeles impropios de su dignidad para volver á profanar aquellas santas ceremonias con las voluptuosidades de un libertino; sus exacciones al pueblo, á quien empobrecia y esquilinaba para multiplicar sus impuros deleites; sus damas, sus mancebos y sus perros de caza; su carácter débil, irresoluto y cobarde, todo contribuia á hacerle aborrecible al pueblo católico; que por otra parte comparaba á su degradado monarca con el duque de Guisa, que sin carecer de defectos y de flaquezas, era al menos un católico decidido, un guerrero intrépido, y en su rostro llevaba las cicatrices de la guerra, que por eso le llamaban el *Acuchillado*. Era, pues, el de Guisa el jefe natural de la Liga y el ídolo del pueblo de Paris.

Felipe II, conservando cierta apariencia de amistad con Enrique de Francia, nunca dejó de proteger á los de la Liga. El arrimo que encontró en Paris el pretendiente á la corona de Portugal don Antonio, prior de Crato, y el eficaz apoyo que así Enrique como Catalina su madre dieron al turbulento portugués para su expedición á las Azores (1580), hizo á Felipe mas enemigo del monarca francés, bien que sin dejar el título de aliado. Y el nombramiento de gobernador de los Países Bajos, hecho por los rebeldes flamencos en el duque de Alençon y de Anjou, hermano de Enrique III, y la ida de aquel príncipe como soberano á Flandes (1581), consentida por su hermano, dado que este tuviera razon para alegrarse de ver lejos de Francia á quien se conducía con él menos como hermano que como enemigo personal y como perturbador del reino, daba á Felipe II mas y mas ocasion y motivo para hacer cuanto daño pudiera á Enrique, y para dar favor y ayuda á los Guisas, los verdaderos representantes y defensores de la causa católica en Francia: que cuanto fuese mas poderoso el partido de los Guisas y mayor la fuerza del ejército que mandaran, tanto menos podrian auxiliar los hugonotes franceses á los protestantes flamencos.

Con la muerte del duque de Alençon (1584) despues de su estéril expedición y su nominal soberanía de Flandes, habia variado la situacion de Francia: Enrique III no tenia hijos: Alençon habia muerto sin ellos, y el mas inmediato heredero de la corona era Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, títu-

lado rey de Navarra, como hijo de Juana d'Albret. Pero el Borbon era precisamente el jefe de los hugonotes, y si la ley política le llamaba á la sucesion del trono, la conciencia religiosa del pueblo le rechazaba, porque el pueblo execraba los hugonotes, y los reyes de Francia al ceñirse la corona juraban mantener la religion católica romana. Los Guisas redoblaron sus esfuerzos para alejar del trono á un príncipe hereje, y no atreviéndose Enrique, duque de Guisa, á ceñir la corona que deseaba, declararon al cardenal de Borbon primer príncipe de la sangre. El cardenal era anciano, y el duque esperaba ser á su nombre el verdadero rey. Entonces Felipe II se pronunció ya abiertamente en favor de la Liga, y celebró con los Guisas un tratado cuyas principales bases eran: que el cardenal de Borbon sucederia en el trono á Enrique III de Francia, en el caso que este muriese sin hijos, con exclusion de todo príncipe hereje ó fautor de herejía; que se restauraria y mantendria en el reino la religion católica romana, con prohibicion absoluta del ejercicio de cualquiera otra; que el rey de España protegeria al cardenal de Borbon, á los Guisas y á todos los que formaban la Liga santa, y el cardenal de Borbon devolveria á Felipe todas las plazas que le habian quitado los herejes, y le ayudaria á someter los rebeldes de los Países Bajos, con otros capitulos correspondientes á estas bases. Firmaron este tratado á nombre de Felipe II Juan Bautista Tassis y Juan de Moreo.

Deseaban los coligados que Enrique III cometiera alguna imprudencia que diera ocasion á los católicos para mirarle como sospechoso y obrar ellos por su cuenta. Pronto se cumplió su deseo, como era de esperar del carácter de Enrique. Cuando los comisionados de Flandes le fueron á ofrecer la soberanía de las Provincias Unidas (1585), Enrique los recibió con mucho agasajo y les dió buenas palabras para lo sucesivo, con lo cual desagradó al rey de España y á los coligados; pero no se atrevió á aceptar la soberanía ni á protegerlos abiertamente, con lo cual disgustó á Enrique de Borbon y á los hugonotes. El rey temia á los Guisas, y aconsejado por la reina madre celebró con ellos el tratado de Nemours, haciéndoles tales concesiones que equivalian á romper él mismo el cetro que tiempo hacia estaba deshonrando. El papa Sixto V desaprueba la Liga, y excomulga al llamado rey de Navarra, declarándole indigno de ceñir la corona. A su vez los príncipes Borbones, el de Bearne y Condé, publican un manifiesto llamando al pontífice enemigo de Dios, sacrilego, tirano, verdugo de la Iglesia y verdadero Anticristo; apelan al parlamento y al concilio general, y hacen fijar esta apelacion á las puertas del Vaticano. Comienza la octava guerra civil en Francia entre los tres Enriques. Enrique III, de Valois, Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, y Enrique, duque de Guisa. El rey continúa haciéndose odioso al pueblo con sus exacciones, con su vida licenciosa y con sus hipocresías ridículas, dando materia á pasquines punzantes y festivos (1).

Los coligados hacen por su cuenta la guerra á los hugonotes, y gana el príncipe de Borbon la batalla de Coutras (1586). Los fogosos católicos de Paris, el Consejo de los Diez y seis que allí han establecido, los sacerdotes, las órdenes religiosas, los jefes populares, todos publican que el rey anda transigiendo con el de Borbon, que el rey es quien ha llamado los veinte mil alemanes y suizos que entran en Francia en favor de los hugonotes, y los doctores de la Sorbona declaran que es lícito quitar el gobierno al monarca que no cumple con su

(1) Uno de ellos decía:

TOUT A TOUTES SAUCES.

Le pauvre peuple endure tout,
Les gens d'armes ravagent tout,
La sainte église paie tout,
Les favoris demandent tout,
Le bon roy leur accorde tout,
Le parlement vérifie tout,
Le chancelier scelle tout,
La reine-mère conduit tout,
Le pape leur pardonne tout,
Chico (a) tout seul se rit de tout,
Le diable à la fin aura tout.

deber, como se quita la administracion al tutor sospechoso (1587). El rey se consuela de este golpe mortal que se daba á su autoridad, fundando en Paris la orden de los Fuldenses, y los coligados arreglan en Nancy su plan para obligar al imbécil Enrique á descender del trono. Avisan al rey que hay en Paris mas de treinta mil paisanos armados en favor del de Guisa, y él se contenta con prohibir al de Guisa la entrada en la capital. Este, sin embargo, penetra en Paris casi solo (mayo, 1588): la poblacion le aclama: ¡Viva el duque de Guisa! ¡Viva la columna de la Iglesia! Preséntase el duque á la reina madre, que le recibe turbada, pero disimula, y accede á acompañarle ella misma al Louvre y presentarle al rey, ante el cual dice que va á justificarse de las calumnias que le imputan. Hállase el príncipe lorenés á la presencia de Enrique; repréndele el rey su desobediencia; el duque da sus excusas, y sale salvo del Louvre. Esta conducta temeraria del de Guisa inflama de entusiasmo á los católicos, y nadie teme ya morir por un jefe tan intrépido. En la lucha que se prepara, Enrique de Lorena es el representante del catolicismo armado: el rey Enrique de Valois aborrece los protestantes, y sin embargo es mirado como el representante del protestantismo.

Sucedo la jornada de las barricadas (de 11 á 13 de mayo, 1588); el rey no se atreve á resistir al pueblo tumultuado, á pesar de los cuatro mil suizos que ha llevado para la guarda de su persona; ¡hará con los católicos otra matanza de San Bartolomé como la que se hizo con los hugonotes? No podria, aunque hubiera querido, porque los suizos alzaban las armas gritando: *nosotros somos buenos católicos tambien*. Dió pues el rey gracias de poder huir á Chartres, y Guisa quedó dueño de Paris. Aunque el triunfo de las barricadas no produjo, como era de esperar, la caida del rey, la insurreccion popular quedó como santificada con el Edicto de union contra los hugonotes que la reina madre negoció con el de Guisa. Si al tiempo que Enrique III de Francia perdía de esta manera su honor en Paris no hubiera Felipe II perdido su invencible armada en la costa británica, hubiera podido completar el triunfo de la Liga.

Enrique III, á quien habia faltado valor para hacer frente al de Guisa, tuvo sobrada avilantez para hacerle asesinar alevosamente en su mismo palacio de Blois, donde habia sido convocado el parlamento. Nueve avisos tuvo el príncipe lorenés de lo que contra él se tramaba, y no quiso creer tanta perfidia hasta que sintió en su garganta la cuchilla de los sicarios del rey (23 de diciembre, 1588). Aquel envilecido monarca salió á contemplar el cadáver, y dándole con la punta del pié, exclamó: ¡Dios mío, qué grande es! ¡Parece mas grande muerto que vivo! Y no contento con esto, hizo asesinar tambien casi á su presencia al cardenal hermano del duque. Fué despues á saludar á su madre Catalina que se hallaba enferma, y como le dijese que estaba algo aliviada, *Yo tambien, dijo Enrique, me siento mucho mejor, porque esta mañana he vuelto á ser rey de Francia habiendo hecho morir al bello rey de Paris*.—Hasta ahora has cortado bien, le dijo aquella mujer maquiavélica, ahora te resta coser (1).

Creó Enrique atemorizar con este doble asesinato á los ciudadanos de Paris, y lo que hizo fué irritarlos. Llamábanle públicamente el villano Herodes. El clero desde los púlpitos exhortaba al pueblo á que jurara vengar la muerte de los Guisas acabando con el tirano asesino; la Sorbona declaraba á los vasallos absueltos del juramento de fidelidad á Enrique de Valois, en otro tiempo rey; la poblacion católica de Francia juraba hacerle guerra á muerte, y Roma fulminaba anatema contra Enrique III. En Paris se celebró una procesion general, en que iban cien mil niños de ambos sexos vestidos de blanco con cirios encendidos, que apagaban con los piés diciendo: *Permita Dios que así se extinga cuanto antes la dinastía de los Valois*. El duque de Mayenne, hermano de los Guisas, fué nombrado en Paris lugarteniente general del reino. A los pocos dias murió la reina madre, la artificiosa Catalina de Médicis, y un sacerdote desde el púlpito, despues de poner en duda si la Iglesia católica deberia rogar por ella, dijo que podian rezarla un Padre Nuestro y un Ave María por caridad, por si le servia

(1) «Vous avez bien taillé, mais il faut coudre maintenant.»

de algo (2). Enrique III llevó presos al castillo de Amboise al cardenal de Borbon, al príncipe de Joinville, hijo y heredero del duque de Guisa, y á los duques de Elbeuf y de Nemours. En tal estado, Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, llamado rey de Navarra y jefe de los hugonotes, acudió generosamente en socorro de Enrique III. Entre los dos reunieron mas de cuarenta mil hombres, con los cuales se dirigian á someter á Paris. Un fraile dominicano se presenta en los puestos avanzados pidiendo entregar al rey una carta; admitido á su presencia, pónese de rodillas, y mientras Enrique lee, el fraile Jacobo Clemente le clava un cuchillo que ha sacado de la manga de su hábito (1.º de agosto, 1589). El asesino cae muerto por los guardias á los piés de su victima, pero el rey espira tambien al poco tiempo (2 de agosto), declarando que Enrique de Borbon, rey de Navarra, es su legítimo sucesor. Así pereció el último monarca de la dinastía de Valois, que habia dado reyes á Francia por mas de dos siglos y medio. Va á comenzar la de los Borbones. Un rey católico pone la corona de Francia en la cabeza de un príncipe protestante; el papa Sixto V santifica en pleno consistorio el regicidio de Jacobo Clemente, comparándole á Eleazar y á Judit, y los predicadores publican las actas del martirio de Jacobo Clemente, de la orden de Santo Domingo. Tales eran las ideas religiosas y políticas de aquel tiempo (3).

A pesar de esto, una parte del ejército católico se unió al de Bearne como heredero legítimo que era del trono. Vióse no obstante Enrique IV, que este era el título que tomó el Bearnés, obligado á levantar el sitio de Paris y retirarse á Normandía y fortificarse en Dieppe, esperando socorros de la reina de Inglaterra. Tenia en verdad Enrique de Borbon grandes dotes de guerrero y de príncipe. Atacado en Arques por el jefe de la Liga católica Mayenne con mas de treinta mil hombres, supo quedar vencedor con solos tres mil que él tenia (setiembre, 1589). Pero el triunfo mas famoso que alcanzó sobre los católicos, fué el de la memorable batalla de Ivry (marzo, 1590), que le abrió el camino para cercar de nuevo la capital. La historia ha conservado algunas de las célebres palabras de Enrique IV en la batalla de Ivry: *Si perdéis vuestras banderas, les dijo á sus soldados al tiempo de dar una carga, el penacho blanco de mi casco os servirá de guía; mientras me quede una gota de sangre, siempre le hallareis en el camino del honor*. Cuando sus tropas comenzaron á huir, *Volved el rostro, les dijo, si no para pelear, al menos para ver cómo muero*.

¿Pero podia esperarse que Felipe II de España permitiera sentarse en el trono de Carlo Magno y de San Luis un príncipe protestante, despues de tanto como habia trabajado en favor de la Liga católica? El embajador de España en Paris don Bernardino de Mendoza y el legado del papa Sixto V, cardenal Cayetano, alentaban á los católicos de la capital, en tanto que Felipe II hacia pasar á Francia refuerzos de sus tropas de Flandes. Pero Enrique IV tomó todas las avenidas de Paris, y apretó el cerco; cerco famosísimo por el hambre horrorosa que se padeció en la ciudad, por la generosidad del príncipe sitiador, por las locuras que hicieron los católicos, y por la salvacion que les fué del ejército español. El hambre fué tan horrible, que despues de haberse consumido todos los animales inmundos, incluso sus pieles, se devoraba los niños,

(2) En su sepulcro pusieron el siguiente epigramático y significativo epitafio, que tan al vivo pinta el carácter de Catalina de Médicis:

La reine qui cy git fut un diable et un ange;
Toute plaine de blame et plaine de louange:
Elle soutint l'Etat, et l'Etat mit à bas;
Elle fit maints accords, et pas moins de débats;
Elle enfanta trois et cinq guerres civiles;
Fit batre des chateaux et ruiner des villes;
Rendit des bones lois et de mauvais édits;
Souhait-le, passant, enfer et paradis.

(3) L'Estoile, Journal de Henri III.—Henrico Catherino Dávila, Historia de las Guerras civiles de Francia.—Duplex, Hist. de France.—Memoires de la Ligue.—D'Aubigné, Hist. universelle depuis 1550 jusqu'en 1601.—Vida y muerte de Enrique III.